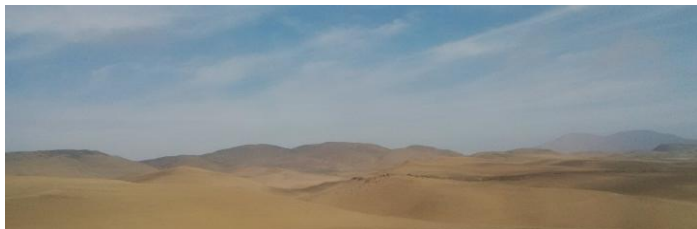


## Relato de una vista al Parque del Desierto

Bosque del Tamarugal en Tarapacá<sup>1</sup> (Chile)

Finalizadas las jornadas de intercambio de El Mensaje de Silo en el Parque Punta de Vacas en Enero 2015, viajé junto a dos peregrinos, al Parque del Desierto para compartir experiencias.



El vuelo de Santiago a Iquique, hizo escala en Antofagasta, la puerta de entrada al inmenso desierto de Atacama ubicado al norte de Chile.

Una inquietud me asalta dejándome en suspenso: ¿Cómo sobrevivir sin agua en medio de la nada?. Mi co-presencia cultural arraigada a paisajes de exuberancia selvática y cumbres nevadas, operaba en mis cavilaciones. Percibí que en ese espacio

abierto casi infinito, yacía también “el vacío”, más visible que en el mundo urbano, donde se tiende a llenarlo con la fiebre del consumo, la distracción efímera y la fuga institucionalizada que promueve el olvido de sí.

Saber que en ese mar de arena se construye uno de nuestros Parques de Estudio y Reflexión, modificó mi idea del desierto, revirtiendo esa imagen de un paraje desolador. Entre las dunas de mi memoria recurrí a cotejarla con alguna lectura sobre los “padres del desierto” en el afán de encontrar una respuesta a lo inexplicable. Di por terminadas mis divagaciones y concluí que los constructores de aquel Parque, debieron haber tenido una dosis de “sana locura”.



Una vez en Iquique, nos sorprendió un letrero que mostraba la vía de evacuación para evitar tsunamis, intuyendo en ello las fuerzas que interactúan a pesar nuestro. Camino a Pica, vimos desfilar entre Iquique, Hospicio y Pozo Almonte, rostros culturales diversos: asiáticos, pakistaníes y andinos (peruanos, bolivianos ecuatorianos, colombianos).

Cuando el bus se detuvo frente al santuario de la virgen de La Tirana, como un “dèjà vu” retumbó en mí el golpeteo del kultrún mapuche<sup>2</sup> junto a las “diabladas<sup>3</sup>” que en irreverente sincretismo cultural y religioso, convergen durante las fiestas de la Tirana<sup>4</sup>.



Continuando con el recorrido, a unos pocos kilómetros, irrumpió una mezquita similar a las del Medio Oriente. Era el nuevo refugio espiritual de los migrantes pakistaníes convertidos en la nueva mano de obra minera.

Para enriquecer este cuadro de convergencia cultural sobre el km 23 y medio, el chofer nos anuncia la parada señalando con su mano la cúpula de nuestra Sala divisada a lo lejos:

- Los pasajeros que se bajan en el “**observatorio**”<sup>5</sup>... aquí es su destino!.

Además de sentirnos en “medio de la nada”, el chofer para asegurarse nos pregunta si hay alguien que nos espera... Alentados por el flamígero movimiento de los banderines naranjas sobre el conoide de la sala percibida desde la carretera, decimos que sí, mientras nos adentramos en la arena del desierto. Al instante como saliendo de las dunas, uno de los amigos del Parque nos recibe. El temor de estar en el sitio equivocado, se esfuma cuando todo empieza a encajar: el lugar preciso, la gente cercana... sin importar quién.



Los amigos nos cuentan los detalles de la “obra” a la que se han dedicado por un año. Siento el afecto con que nos acompañan amablemente en nuestro recorrido. Nos explican que apenas a 11 metros de profundidad se encuentran napas de agua en una extensión de 100 km<sup>2</sup>. Mi inquietud del avión queda resuelta. Por otra parte, la construcción de la Sala fue para ellos una prioridad, pues da identidad al Parque. La Sala acerca la imagen de nuevos Parques e inspira durante su construcción.

<sup>1</sup> “Bosque escondido” lugar de chamanes e iniciados remotos, provenientes de Tiwanaku. Vivían junto a las ñustas dedicadas al cuidado del fuego sagrado.

<sup>2</sup> El kultrun representa la cosmovisión mapuche sobre la mitad del universo de forma semi esférica; en el parche representan a la cruz del sur.

<sup>3</sup> Las Diabladas: Son el enfrentamiento del bien y el mal. Sincretismo de catolicismo español con rituales andinos irradiados desde Tiwanaku, La Paz, Oruro (Bolivia), Pillaro (Ecuador), pasando por Puno (Perú).

<sup>4</sup> ñusta que se convierte en guerrera cruel y temida, a la muerte de su padre asesinado por conquistadores españoles, se convierte al cristianismo y luego la transforman en virgen.

<sup>5</sup> Asociación que hace la gente de la cúpula de la Sala con otros lugares, que en la zona se dedican a la observación astronómica.

Nos instalamos en la cabaña ubicada alrededor del Parque, facilitada por uno de nuestros buenos amigos. Al contemplar el lugar, veo como el lugar se vuelve una acuarela de un oasis de tamarugales<sup>6</sup> al atardecer donde el calor se atenúa y se vuelve más amable.



El tiempo preparatorio para iniciar nuestra peregrinación al Parque termina. Caminando silentes llegamos al Portal de entrada; frente al umbral, una leve brisa me reconforta desde “afuera” invitándome a soltar todo prejuicio y dejar atrás toda frustración pasada. Cuando doy el paso hacia “adentro” se evidencia la presencia del lugar sagrado que reconforta. Reconozco que todo lo que allí sucede, tiene que ver conmigo. Los monumentos simbólicos me insinúan los hitos del sendero, llevándome a profundizar en mis reflexiones, sustentar mis comprensiones y despertar mis intuiciones. Lo sagrado que hay en mí lo veo fortalecerse, reconociéndolo, en quienes comparten la experiencia de ese instante. Me conmuevo al reconocer que aquel paisaje externo también está dentro de mí y lo puedo ver materializado en el mundo de lo concreto, donde Sala, Monolito y Portal, cobran significado en mi mundo interno.



Contemplo al monolito construido con material de “chamota” (tierra rojiza del desierto) y observo como el cobre resalta su textura ancestral, fijando el año de construcción del Parque. Me conecto con un tiempo que trasciende lo cronológico. Cuando miro hacia el cielo con mis pies en la arena, se integran los dos espacios, comprendiendo de súbito aquella frase de El Mensaje de Silo<sup>7</sup>: “Aquí, no se opone lo terreno a lo eterno”...



Al llegar a la Sala, me impresiona su forma y textura. Casi a ras de tierra están los cimientos en bloques de sal al igual que en la base del portal, donde sólo se insinúan los materiales de construcción de la zona, caracterizada por la presencia de grandes salares<sup>8</sup>. Los muros de un suave color rosado, sugieren cierta calidez que atenúa el contraste con la cúpula de color blanquecino hueso, donde la brisa del desierto contornea sin chocar.

Entro por la puerta ubicada en dirección de Punta de Vacas<sup>9</sup>. Inmediatamente siento una atracción hacia lo alto producido por el efecto de forma de la bóveda apenas enlucida, al mismo tiempo que se devela en mí la conciencia de estar en un espacio sagrado. La insinuante forma de la sala que induce al vacío, nos lleva a todos a hacer silencio, expresándose sin hacer ningún esfuerzo, un registro de paz interna.

En silencio interior cada uno se entrega en profunda búsqueda, desapareciendo la noción del tiempo. Inmerso en mi mundo interno dejo que éste se exprese hasta adquirir su propia dimensión. Entre tanto, todo ruido que interfiere mi registro de “presencia” va quedando atrás. Posteriormente, al volver a sincronizarnos todos, conecto con mis mejores sentimientos. Agradezco a mis seres queridos y a quienes me acompañan en esta experiencia; a Silo por haber concebido desde su mente, esta representación “objetiva” de lo sagrado y finalmente a todos aquellos que desde su intencionalidad lo concretaron. Dejo la Sala con el cuidado que despierta un lugarpreciado...

La caída del sol en el desierto da inicio a un festival de colores que incendia el cielo por varias horas...mientras el aroma de los tamarugos se esparce en el ambiente.



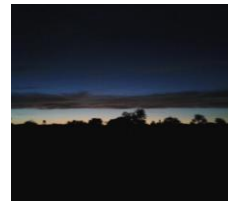
<sup>6</sup> Tamarugo: árbol del desierto. Mide hasta 20 metros de alto y puede vivir hasta 700 años. Sus profundas raíces, extraen agua para sobrevivir

<sup>7</sup> Primera página del libro El Mensaje de Silo

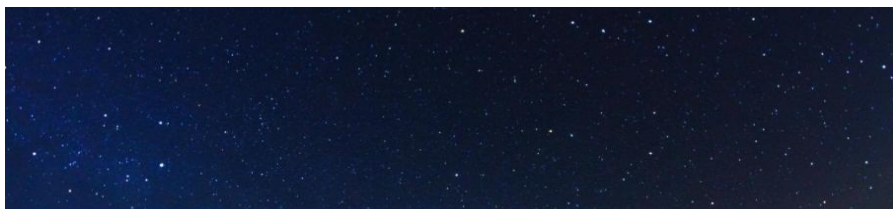
<sup>8</sup> Salar de Llamara ubicado en la comuna de Pozo Almonte. Más hacia Bolivia, el salar de Uyuni

<sup>9</sup> Parque histórico: Punta de Vacas, donde Silo a los pies del Aconcagua, dio su primera Arenga: “La curación del sufrimiento” (4 mayo 1969)

Cuando el crepúsculo delinea la silueta del horizonte para dar paso al nacimiento de venus, pionera luz del firmamento, un corso de estrellas desfila hasta configurar el mapa estelar que orienta a los navegantes de la noche.



La semiesfera celeste de 180 grados se convierte en cúpula de la gran sala del universo; el horizonte se vuelve curvo, desvaneciendo la noción del espacio y tiempo habituales. Aquella noche estrellada copó mi mente, permitiéndome recobrar mi dimensión como ser humano y sentirme parte de este universo, que en mi nimiedad cotidiana tiendo a olvidar.



El cosmos como testigo eterno de toda existencia, estaba allí suspendido sobre mi cabeza elevando mi mirada microscópica. ¡Cuánta vida existente nos espera! ¡Cuánta estrella fugaz y planetas por ver! Siento que todo aquello

que nos falta por descubrir me abre el futuro a la eternidad.

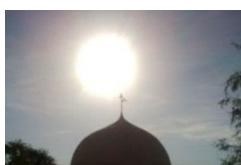
El universo entero despierta junto a mí cuando se renueva el significado que doy a mi existencia. Logro desarraigarme por instantes del plano medio donde mi vida se vuelve absurdamente cotidiana restándole dimensión. Comprendo que necesito recordar a menudo mi “presencia”, para encajar en la inmensidad de ese espacio que me envuelve y me impulsa extrañamente hacia arriba, hacia lo alto...

Recuerdo la última frase del capítulo sobre la Realidad Interior de El Mensaje<sup>10</sup>:

*“Así, hoy vuela hacia las estrellas el héroe de esta edad. Vuela a través de regiones antes ignoradas. Vuela hacia afuera de su mundo y, sin saberlo, va impulsado hasta el interno y luminoso centro”.*



Tras el manto de la noche sobrevino el frío sideral del desierto penetrando en mis huesos. A punto de empezar el alba, volví a calzar en mis zapatos, emprendiendo el camino de regreso a la cabaña. Constaté que en ese mismo espacio, también convivían los dos extremos, el frío y el calor, la noche y el día, el zénit y el nadir, como un solo todo, integrando en mi mente las diferencias. Al reconciliar en mí los opuestos y eliminar toda censura que desvalora lo aparente diverso, veo como cobra vida aquel principio: *“Si para ti están bien el día y la noche, el verano y el invierno, has superado las contradicciones”*<sup>11</sup>.



Al día siguiente, un sismo de escala 5.8 grados común en la zona nos saca del sueño. Recordamos por asociación conjunta, aquel letrero del tsunami, despertando un maremoto de risas cómplices frente al “surrealismo” evidente. Al parecer en el Tamarugal, las “movidas de piso” resultan frecuentes, desestabilizando a quien sin echar raíces profundas como el árbol, desprevenido busca “dormir o morir”.

José Salcedo  
Enero 2015

<sup>10</sup> El Mensaje de Silo: Capitulo XX. La Realidad Interior. Último párrafo de El Libro.

<sup>11</sup> El Mensaje de Silo